

Paulina ¿triste? cuando se me presenta la dicha más inesperada!..... ¿Te lo puedes tu imaginar? Me crees sin duda muy ingrata para contigo y la Providencia! ¿Qué otra cosa puedo desear más que el dulce nombre de hermana, que me podrás dar dentro de pocos dias?....

Otra persona de más experiencia que yo, hubiera descubierto seguramente al través de los trasportes de reconocimiento de Melania, uno de esos suspiros del corazon que hacen traslucir una pena secreta.

En cuanto á mí, completamente tranquilizada con esas palabras, la abracé y decidí á Fernando á retardar unas cuantas semanas nuestro casamiento, para que el de Melania se celebrara tambien el mismo dia.»

Basta por hoy; parece que ha platicado alguna cosa la Srita. Raffet: detengámonos aquí, querida Carolina, porque ya esto excede en mucho los límites de una carta. Adios, tú sabrás la continuacion de la historia en la próxima.

Tu mejor amiga

SOR TERESA.

CARTA XIV.

Regáñame cuanto quieras, Carolina, yo no puedo enviarte con más frecuencia esta especie de *in folios* que les doy el nombre de cartas, y que el correo me hace el favor de llevarte de mi parte. Por si acaso lo ignoras, es bueno que sepas, ingrata, que no hay una sola de las cartas que te escribo, que no me cueste perder cuatro ó cinco recreaciones, que es el único tiempo que puedo dedicar á eso, lo que me hace sufrir el suplicio de Tántalo, pues que miéntras que escribo estoy oyendo á mis compañeras que rien y se divierten alegremente: y yo, por tu cariño, resisto á la tentacion de ir á tomar parte en su gusto y buen humor, ¿No te parece que no deja de ser un sacrificio algo grande y generoso el que te hago?

Para castigarte, me ocurre no contarte la plausible noticia que tengo en la punta de la pluma....

Pero nó, quiero vengarme de tí con más nobleza, y decirte sin otros rodeos para no hacerte esperar más, que tu jóven prima Aurelia ha condescendido ya con ir á ver á nuestro excelente señor cura que, salvo el respeto debido, la ha hechizado completamente: ella está encantada de él, y él se aprovecha de tan buena disposicion para trabajar con ardor en su conversion. Tiene muchas esperanzas de conseguirla, aunque reconoce, á pesar suyo, que la Sra. Marval tiene cierta ligereza de ideas, y á veces es imposible cogerla; con todo, cree que, siendo tan estremosa, en cuanto sepa todo lo que Dios ha hecho para salvarla, llegará á ser una gran santa, y podrá aspirar á un trono tan elevado como el de Santa Teresa.

Pienso que el pobre del Sr. Marval, algo mortificado con los innumerables caprichos de su Aurelia, no se disgustará de que la hagamos entrar un poco en razon. Como ni mi edad ni mi experiencia son á propósito para corregir esos defectos de educacion religiosa, y además, no tengo tiempo suficiente para ello, he tenido mucho gusto en dejar ese cuidado y esa responsabilidad á nuestro digno párroco, á quien ella va á ver casi todos los dias, y de quien es recibida con suma bondad por su parte. Espéralo todo de su celo.

Ahora, si te parece, seguiremos la historia de la Srita. Raffet. No me respondes; luego apruebas conforme á aquel refran: «*quien calla, otorga.*»

Ten presente siempre que ella es la que habla, y que ella y Melania están en visperas de ligarse con los vínculos del himeneo.

«El dia de nuestra doble union estaba ya fijado: la parienta y antigua protectora de Melania, á quien por consideracion se le habia dado parte, habia ya contestado dando muestras de mucha satisfaccion, cuando Julia cayó gravemente enferma, causándonos inquietudes demasiado justas y sérias. Suspendimos los preparativos de las bodas; dejé mi papel de novia por el de enfermera, no separándome un momento de la cabecera de la cama de mi hermana política. ¡Ay! despues de diez dias de agudos sufrimientos, espiró en mis brazos, dándome las gracias por mis cuidados, y con los más vivos y edificantes sentimientos de piedad y resignacion.

Por una casualidad muy triste, tuvieron lugar sus funerales el mismo dia que de antemano habiamos señalado para nuestros matrimonios que, por segunda vez, y á despecho de Enrique y de Fernando, tuvieron que aplazarse por algunas semanas.

Pero, ¿cómo podía pensar en separarme de Alberto en aquellas circunstancias, y hacerlo presentiar el principio de aquella dicha, de que acababa él de ser privado, de una manera tan cruel é inesperada?

Las súplicas y los reproches de Fernando, no pudieron hacer variar mi resolución. Melania me imitó, y Enrique, que necesitaba volver á Paris, por haber concluido el tiempo de que podía disponer para estar separado de los negocios, se vió obligado á volver á tomar el camino tan solo como habia venido, y muy molestado porque habia anunciado á sus amigos que á su vuelta les presentaria una nueva y sorprendente hermosura.

Me sentía yo mala el día que salió, y procuré ocultarlo, lo que al día siguiente ya me fué imposible, teniendo que guardar cama. Llamaron al médico, y despues de haberme reconocido atentamente, declaró á mi hermano que, segun todos los síntomas, parecia que me iban á atacar las viruelas. Sin duda mis padres por un olvido, ó más probablemente, por una preocupacion demasiado comun, no quisieron que me vacunaran, cosa que á ningun niño se le debe dejar de hacer, pues á muy poca costa se les hace un servicio para toda su vida. El médico no se equivocó, y á los muy pocos

días, esa horrible enfermedad hacia sobre mí sus espantosos estragos. Melania, á quien ni el temor del contagio tan probable, por hallarse en iguales circunstancias que yo, pudo contener, se estableció junto á mi cama, y sorda á mis súplicas, no se separó de allí hasta que estuve fuera de todo riesgo. ¡Oh! cualquiera que haya sido despues su conducta para conmigo, jamás he podido olvidar, ni olvidaré nunca, esa prueba tan tierna de amistad.

Llegando á noticia de Fernando mi enfermedad, pareció muy afectado y alcanzó de mi hermano el permiso de entrar á mi cuarto muy pocos días despues. Era precisamente el momento más crítico: mi rostro, cubierto de una máscara repugnante, no era más que un objeto que inspiraba disgusto ó lástima; á él no le causó sino el primero de esos sentimientos, y ya despues se contentaba con informarse por medio de Melania que, segun decia mi hermano, tenia mucho empeño en darle ella misma noticia de mi estado, y segun parecia, lo hacia con una escrupulosa y detallada exactitud, porque sus conversaciones eran cada día más largas.

Sea de eso lo que fuere, ella cuidaba con un empeño cariñoso de que no me arrancase las gruesas

costras que cubrían mis facciones; y para calmar un poco la irritación que me causaban, las humedecia con una paciencia y un esmero sin igual; pero yo, vencida por el suplicio que sufría, procuraba burlar su vigilancia, y arrancaba algunas muy grandes, que dejaron en su lugar estas profundas cicatrices que surcan y desfiguran tanto mi rostro.

Por entonces, no pensaba más que en el ligero alivio que esa imprudencia me proporcionaba, y no fué sino muy tarde cuando comprendí todas sus graves consecuencias.

Mientras tanto, iba yo entrando poco á poco en convalecencia, y me dieron por fin licencia de levantarme, cosa que deseaba yo con la mayor ansia, porque habiendo pedido á mi hermano varias veces un espejo para juzgar de los efectos de la enfermedad sobre mí, siempre me lo había negado.

Debía yo estar muy espantosa: era la consecuencia lógica que sacaba de su obstinación en privarme de una satisfacción tan fútil. Por esto, luego que pude andar sin el auxilio de un brazo ajeno en que apoyarme, me aproveché de un ratito en que me dejaron sola, para arrastrarme como me fué posible hasta enfrente del espejo. Apenas

dirigí una mirada, cuando á la vista de aquella especie de monstruo que se me presentaba, di un grito de horror, que hizo entrar á Alberto. Lloraba yo á lágrima viva; y él comprendió desde luego el motivo de mi pesar: procuró consolarme, diciéndome que con el tiempo había yo de recobrar una parte de las ventajas físicas, cuya pérdida me llenaba de desolación: me citaba en apoyo de esto, varios casos de personas que habíamos conocido y cuya hermosura no había sido enteramente destruida por la cruel enfermedad que me había visitado. Consiguí persuadírme; enjugué mi llanto, y lisonjeándome con la esperanza tan halagadora que me había dado, le supliqué que le dijera á Fernando que no le permitiría yo que viniera á verme hasta que hubiera vuelto á ser su Paulina de otro tiempo.

Alberto, cumplió mi encargo; y Fernando, ocultándole sus nuevos proyectos, no le dijo más, sino que iba á aprovechar ese tiempo de privación de verme, en ausentarse de Burdeos, para terminar un asunto importante que reclamaba su presencia. Así, sin saberlo yo misma, favorecí el deseo que abrigaba de romper sin ruido y sin llamar la atención, una unión que la pérdida de una belleza efímera le había hecho ya odiosa.

El camino que tomó al alejarse de mí, nadie lo supo. ¡Ay! me equivocó; Melania lo sabía perfectamente, pero se lo ocultó á mi hermano que, enteramente confiado en la lealtad de Fernando, no podia imaginarse que faltara jamás á la palabra dada.

Yo tuve que desengañarlo, revelándole parte de la verdad que habia venido á mi conocimiento por una indiscrecion que ahora considero como una feliz casualidad.

«Varias semanas se habian pasado, y yo adelantaba cada dia más hácia mi completo restablecimiento, con lo que Melania quiso volverse al convento: no se lo permití sino con la condicion de que mientras de que yo no pudiera salir, me habia de venir á ver todos los dias.

Fiel á su palabra, venia á pasar conmigo horas enteras, y me daba gusto verla con una alegría no acostumbrada: yo ingenuamente pensaba que era por el gusto del recobro de mi salud y de su próximo matrimonio; porque cediendo á las instancias de Enrique, que me habia encargado que le defendiera su causa, creía haberla decidido á consentir en que el suyo se verificase ántes que el mio: no faltaba más que fijar el dia preciso, cuando una mañana la recamarera me entregó una car-

ta que decia era para mí. Creyéndolo así, no me metí en leer el sobre, sino que la abrí, y mirando que era de letra de Fernando, devoré las siguientes líneas:

«Alégrese vd., querida mia, he terminado todos sus negocios; ya ve vd. que no los he alargado mucho. Gracias al testamento de la señora su parienta, que dejó á vd. de legataria universal, no he tenido que hacer más que presentar el poder que vd. me dió para entrar en posesion de todos los bienes que forman un capital de treinta mil pesos. El castillo situado en medio de un delicioso jardín, tiene una pequeña capilla en que recibiremos la bendicion nupcial: daré todos los pasos necesarios para ello, y haré los preparativos convenientes. ¡Ah! olvidados de los hombres, viviendo solo el uno para el otro, ¿qué digna de envidia será nuestra suerte en este halagüeño retiro, que no le falta más que la presencia de su amable propietaria para convertirse en una mansion encantadora.

No retarde vd. su partida, se lo suplico mucho; venga sin dilacion, segura de que la espero con una ansiedad que tiene mucho de delirio. Ya no hay que dudar: tiembla vd., dice, al solo recuerdo de Enrique, y del pesar que su hermana experimentará con la ruptura de un matrimonio que desea-

ba tan ardentemente. Permítame vd. que le diga, que la amistad más susceptible no puede exigirle que se sacrifique vd. misma, á su agrado, casándose con un hombre á quien nunca ha querido: en cuanto á él, es demasiado ligero é inconstante para que le dure mucho el sentimiento de perderla: hoy, es cierto, ama á vd. apasionadamente; ni ¿cómo podia ser de otra manera, cuando sucede así con todos los que tienen la dicha de conocerla? pero, mañana..... ya la olvidará.

La posicion que vd. guarda respecto de su hermana me parece realmente mucho más difícil: ¡le ha probado á vd. tantas veces su amistad.....! pero ¿qué? ¿no le ha correspondido vd. de ningun modo? ¿Todo lo que ha hecho vd. en su última enfermedad se debe contar por nada?

Además, permítame que se lo repita: la amistad y el reconocimiento no pueden obligar á contraer unos lazos que harian desgraciados á cuatro en vez de á dos. Paulina misma, que es buena y juiciosa, seria de este parecer, si vd. se lo pidiera. ¡Pobre Paulina! siento yo tambien mucho el afligirla porque la he amado ántes que vd., y daría con gusto la mitad de mi vida, porque comprendiese que tan desfigurada como ha quedado, debe ya renunciar á todo matrimonio, á ménos que

no le importe poseer el corazón de su esposo. Sí, yo la queria, y desearia poder conservar su amistad. Pero no se disguste vd. por esto, pues creo que hará justicia á las excelentes cualidades que la distinguen. Yo quisiera tenerla por hermana, y á vd. por esposa: entónces seria el más afortunado de los mortales....! ¡Ay, querida Melania! ¿por qué no me dejó vd. ver más pronto su corazón? Nos habriamos librado los dos del pesar de afligir á Paulina y á su querido Enrique.

Pero, en fin; puesto que el mal es ya irreparable, venga vd. cuanto ántes, querida mia, á olvidar todos sus cuidados cerca de quien suspira por el momento en que podrá llamarse su esposo, etc.»

Tuve bastante valor para leer esta carta hasta el fin, y todavía más, para tomar desde luego mi resolucion. Aunque mi corazón estaba destrozado por la ingratitud de Fernando y de Melania, le prometí á Dios que los perdonaria, y que no me habia de vengar de su conducta sino con la generosidad de la mia. En consecuencia, habiendo enjugado mis lágrimas, esperé con calma la hora en que habia de llegar Melania, á quien recibí con la cordialidad de siempre. Estaba ese dia, triste, preocupada; le pregunté la causa de su tristeza, y me respondió con cierto embarazo, que temia ver-

se obligada á separarse de mí, quizá por mucho tiempo, porque su anciana parienta habia caído enferma de resultas de los pesares que habia sufrido en la pérdida sucesiva de sus dos hijos, y la llamaba para que le cerrara los ojos. «Estoy esperando, añadió un poco avergonzada de su mentira, otra carta de ella, que sin duda me hará partir inmediatamente.»

«¡Ah! le dije, mirándola fijamente: ¡cuánto mejor sería que me confesaras con franqueza, que ya no quieres casarte con Enrique.....! porque no lo amas, y has preferido á algun otro que te está esperando para recibir tu mano y tu fortuna.....! ¡Paulina! ¡Paulina! exclamó cubriéndose el rostro con las manos, y deshaciéndose en lágrimas: ¡ya lo sabes tú todo.....! Sí, soy muy culpable.... Soy una miserable que ha hecho traicion á la más generosa de las amigas; pero ¡ay! si supieras cuántos combates he sostenido ántes de entregarme á esta fatal pasion, que deploro sin poderme librar de ella, ¡oh! me tendrías lástima en vez de maldecirme quizá.....»

¡Maldecirte, Melania! la interrumpí prontamente: ¿puedes siquiera figurártelo....? No, no; creo que no harás este agravio á tu desgraciada amiga.... ¡Pobre Melania! sí; has debido sufrir mucho

al engañarme como lo has hecho.... ¿Por qué dudaste de mi cariño....? ¿No sabes que ningun sacrificio me hubiera parecido caro por tal de asegurarte tu felicidad? Si en lugar de robarme el corazon de Fernando me hubieras dicho: Paulina, yo lo amo, no puedo ser dichosa sino con él; ¡ah! está segura, Melania, que no habria vacilado un instante en cedértelo; te lo habria sacrificado, siendo yo la primera que le dijera: «No piense vd. en mí.... es mejor que se case con ella.... y no me prive por una doble traicion de mi amiga y de mi novio....»

Yo lloraba, y á ella casi la ahogaban los sollozos. Entónces le presenté la carta de Fernando, y le referí por qué casual error la habia yo abierto y leído: la tomó con una mano temblorosa y quiso hacerla pedazos; pero yo lo impedí, y le dije:

Melania, es preciso que sepas su contenido. Espero que me perdonarás, agregué abrazándola, el que haya yo recorrido esas líneas ántes que tú, por haber reconocido la letra, y creer que era dirigida á mí.

¡Por Dios, Paulina! exclamó gimiendo y arrojándose á mis piés por más que yo me opuse:

Yo no merezco perdon, y ¿tú me lo pides á mí....? ¡Oh! tú eres la que has de perdonar á esta desgraciada indigna de tu amistad, cuya pérdida amar-

gará para siempre su existencia... ¡Paulina! ¡Paulina! Si puedes olvidar lo pasado.... consagraré el resto de mis días á probarte lo sincero de mi arrepentimiento.... renunciaré para siempre á él.... te sacrificaré con gusto su amor....»

La levanté del suelo, la besé con ternura, y pidiéndole á Dios que me inspirara lo que debia hacer, despues de unos instantes de silencio, le hablé en estos términos:

«Nó, Melania, el mal que está hecho es irreparable, y vale más, como *él* dice, que no sean más que dos los que sufran. Reflexiona que, si no has sabido vencer en su principio como debiste hacerlo una pasión sin esperanza, ¿cómo habias de poder conseguirlo ahora que te ves correspondida?

Sigue, pues, tu destino: pártete, vé á trabajar en su dicha, y dile que la única reparacion que le exige, es que cumpla su palabra de que pondrá todo empeño en hacerte feliz.

Combatida de mil opuestos pensamientos, la desgraciada era presa de una agitacion que tenia algo de delirio: se apretaba las manos, se estiraba el cabello, y sin oír siquiera lo que yo le decia, pronunciaba palabras incoherentes en que se descubria á su pesar lo violento de su pasión por Fernando. Yo no sabia qué hacer: y no queriendo que

nadie la sorprendiese en ese estado, cerré la puerta del cuarto y esperé con ansiedad á que se calmara un poco, para que escuchara los últimos consejos que tenia que darle. La espera fué larga; pero por fin, al cabo de una hora de esfuerzos inútiles, la tomé de la mano, la llevé ante mi Crucifijo, y arrodillándome con ella, le dije:

«Melania, si todavía me quieres, prométeme delante del Señor que murió por nosotros para redimirnos, que me concederás la última prueba de amistad que te voy á pedir.»

Sí, todo lo que quieras; te lo ofrezco, exclamó con cierta especie de frenesí: mi vida es tuya.....

Pues bien, añadí abrazándola, vuelve al convento, arregla tu partida para esta misma noche, hazte acompañar de alguna señora de confianza, y sobre todo, cuida mucho de que no se sepa el motivo de tu viaje, y el rumbo que tomas....

¡Ay! Paulina, exclamó con un acento desgarrador: ¿qué es lo que exiges de mí?

—Lo que dictan la razón y la prudencia.—

—Pero, ¿qué dirá tu hermano Alberto si me voy sin verlo, sin darle las gracias por sus bondades, sin decirle nada de.... Enrique....

—Yo me encargo de todo; persuádetes de que si mis hermanos sospecharan siquiera que te vas á

casar..... con Fernando..... si supieran el lugar adonde te diriges, pedirian sin duda reparacion por el doble insulto que pensarian haber recibido, y entónces, ¿quién sabe si habria hasta sangre y lágrimas derramadas....?

—Paulina, me haces estremecer. ¡Oh Dios miol Ya desde ahora me castigais como merezco por los errores de mi corazon! ¡Oh! Si yo os hubiera amado más, no me veria hoy destrozada de remordimientos, devorada de inquietudes! ¡Ay de mí! ¿Cómo acabará todo esto....?

Bien, querida Melania, así lo debemos esperar de la bondad del Señor, á quien le rogarémos siempre ¿no es verdad? que nos vuelva á reunir un dia en su seno.

—Sí, sí; exclamó arrojándose á mi cuello; sí, pídele, Paulina, que me saque pronto de este mundo, donde no habrá para mí, en lo de adelante, ni paz, ni tranquilidad, ni dicha.... Paulina, mis pesares me quitarán la vida.... y ya no puedo hacer otra cosa.... Adios, Paulina, que el Señor te recompense tu heróica y sublime caridad, y me perdone á mí.

Adios, le dije al separarse de mis brazos, adios; sé muy dichosa, es el más vivo deseo de tu amiga, y será el objeto de sus más fervorosas oraciones.

Ya no pudo responder: los sollozos la ahogaban: sin volver la cara, se dirigió á la puerta, y desapareció.

Así que salió, agotada por la violencia que me acababa de hacer, me senté desfallecida en un sillón, entregándome á las más tristes y dolorosas reflexiones, aunque con una dulce satisfaccion interior de haber cumplido mi deber.»

Detengámonos aquí, querida Carolina, es ya tiempo de dejar descansar á la Srita. Raffet, y de desearte á tí muy buenas noches. Más dichosa que esa pobre Paulina, tú puedes llamarte con entera confianza, la amiga aunque sea..... de

SOR TERESA.